

NOVELAS DENUNCIANTES

Se siente en muchas novelas de los últimos años un llamado urgente por recuperar las fuentes vivas de la tradición que creó la civilización de occidente. Hay una denuncia fulgurante de las formas de vida que han quedado después de veinte siglos de cristianismo. Hay vehemencias inenarrables por aquellos principios.

Por ahí está el espíritu con que debe leerse a Graham Greene, Carlo Cócciolí, Georges Bernanos, Gertrudis von le Fort. Entenderlos es más necesario y justo que buscarles desviaciones teológicas o colocar sus nombres en un índice que nadie autoriza. En literatura no hay más dificultades que la oscuridad del que lee. La buena filosofía tomista enseña la independencia del arte, en virtud de la cual una novela no tiene por qué ser edificante ni lucir intencionadamente el triunfo de ninguna doctrina.

Entre las traducciones que aparecen de esos libros, llevaba cinco ediciones en Buenos Aires, hasta hace unos meses, hasta los últimos del año pasado, una novela de apariencia muy exótica, original en griego, de autor cretense: *Niño Kazantzakis*, escrita con todos los recursos y con todas las dimensiones de la épica, de la lírica y de la dramática: *Cristo de nuevo crucificado*.

Los conceptos "idealismo" o "realismo" se vuelven anodinos frente a los extremos a que en ambas direcciones llega el relato.

La acción alcanza tal belleza que hace sublime muchas páginas, arrasa los ojos, expande y comprime el alma, pero la inteligencia queda herida por una visión de la vida que iremos palpando. Todo sucede en un pueblecito del Asia Menor, cercano a Esmirna, pero de raza helena, sometido al protectorado turco. Por el año veintitantos la base histórica de la novela.

Aunque el escenario puede estimarse reducido, la extensión del ambiente se multiplica, porque las principales categorías sociales y los más caracterizados oficios humanos tienen un personaje comprometido en la trama.

Como si fuera poco el espectáculo de vitalidad y abigarramiento: otro pueblo, hambriento y fugitivo, llega al lugar. Pero todo este universo se puede dividir en dos mundos: los pobres y los ricos. Para combatir a los primeros, los segundos llegan a usar la consabida palabra: "¡bolcheviques!"; pero éstos invocan y rezan a Cristo; también los otros, pero después de succulentos almuerzos.

Los resonantes alientos de la novela parece que tuvieron que ver con problemas muy actuales. Así sucede. La injusticia social está siempre como de moda, sirve para el eterno juego de la sinceridad y de la hipocresía, del heroísmo y la ruindad, como sucede en el libro.

Otros, otros asuntos, preñados de antigüedad y tradición oriental con sabor a iglesia griega ortodoxa, generan el núcleo principal de la novela. Es un misterio.

En ese pueblecito de Lecobrisí, cada siete años se representa la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. El pope, un horrible y malvado pope, y los notables, con su gordísimo arconte, escogen a los futuros actores, tomados del pueblo.

No es teatro.

El maestro del lugar explica: "Los antiguos llamaban a esto un Misterio. Comenzaba el Domingo de Ramos en el pórtico de la iglesia y finalizaba en los huertos el Sábado Santo a medianoche, con la Resurrección de Cristo. Los idólatras tenían los teatros y los circos; los cristianos, los Misterios..."

Falta un dato. Y decisivo. Los escogidos debían prepararse un año entero, "viviendo" interior y exteriormente sus papeles. Stanilawsky, Jacques Copeau... Nada hay nuevo bajo el sol.

Está lanzado el argumento. El paralelismo con la historia de la Pasión dará el esqueleto del desarrollo. Se puede suponer que habrá un Judas que traiciona, una Magdalena que cambia de costumbres y un hombre que elevándose por sobre sus miserias, imita a Jesús hasta dar la vida por el pueblo.

Todo esto sucederá en el libro por vía analógica, dentro de singularidades sumamente específicas. Hasta el colorido, la sensualidad,

gestos y ensueño orientales coadyuvan. Ya se puede anticipar el desenlace y precisamente, se siente forzado; el joven héroe comete un sacrificio terrible, y todos piensan que hace un disparate; parece movido por Dios, pero más por cumplir el esquema del autor. Cierto es que el joven pastor lo hace tan simplemente que pica el corazón y su imagen queda resplandeciendo en la memoria.

Son las circunstancias, episodios y reacciones de unos sobre otros, las fuerzas que van a determinar la vida de aquellos futuros representantes del drama sacro que no llega a verificarse y les disponen a vivir como destino personal la divina ficción para la cual iban a prepararse. Hay un proceso de conciencia creciente, un tanto aterradora, de la responsabilidad que les ha caído encima. En esa exasperación por "lo cristiano" está a nuestro juicio, el verdadero mensaje, la inminente denuncia del libro, porque es en esa actitud existencial ante los valores emanados de los Evangelios, donde juntamos páginas, títulos enteros de unos y otros novelistas de la hora presente. Otra suerte de consideración sobre esta clase de literatura resulta proselitismo del peor gusto y de la más inoperante eficacia.

Si miramos la tesis general de la novela, contenida en el título, no nos agrega nueva noticia, simplemente carece de actualidad necesaria. "En vano, Cristo amado, en vano, han pasado dos mil años y los hombres te siguen crucificando". Así dice el joven Manolios antes del desenlace. Nos suenan retóricas esas palabras y manidas. Responden sí por una visión integral de la vida que podemos precisar en dos viejos apotegmas: "El hombre es un lobo para el hombre" y "Todo hombre es mentiroso". Léase la novela y se verán esos aforismos como resultantes de los hechos que en esas inquietantes páginas se animan.

En cambio, aquella actitud que hemos señalado mueve a varios personajes a llevar las cosas hasta el extremo más absoluto, con una especie de sentimiento trágico de la vida. Ella ciertamente es un signo de atención.

Casi queda en un plano pintoresco otra idea, siempre manoseada y mal entendida, que en algún momento se asoma en la novela, y

es la de identificar a los comunistas con los primeros cristianos. Es un equívoco de la inteligencia que no penetra en la esencia de las cosas para distinguir posiciones que en el fondo son opuestas por sus principios, pero que pueden ser similares en el vuelo ideal del deseo de justicia social y de bien común. En la novela hay un conato de fundar una ciudad en la cual no habrá ricos ni pobres. Y se funda en el nombre de Cristo, María Santísima y San Jorge. Bien marxista la cosa.

Por lo demás hay situaciones y personajes que pueden hacer pensar al lector avisado que también existe un cristianismo ateo.

Como método crítico para el movimiento de ideas debe considerarse lo siguiente: Tienen siempre razón los personajes en cuanto a lo que les sucede, pero aisladas las ideas que manifiestan testimonian sincretismo. Si es confuso que el aga agradezca a su dios mahometano la serie interminable de placeres sensuales que se procura, también es confuso que el pope "bueno" afirme, después de convenir en que es necesario luchar contra el mundo, que "los grandes terratenientes son las fuerzas del mal que en el reparto nos han tocado para combatir contra ellas". La identificación hombre rico igual hombre malo, no es consecuente como norma fuera del texto. Roma no está en esas palabras. Tampoco en el activismo que por ahí se preconiza ni en esto otro: "¿Qué puede lograr la justicia, cómo puede imponerse en un mundo injusto y desvergonzado si no está armada?" (sic).

La abundante belleza del libro mana directamente de su intensidad de vida. Hay páginas que habrían firmado Tolstoy o Dostoiewski, otras que superan la ternura por las bestias de un Juan Ramón Jiménez. Tanta variedad de situaciones, estridencias de goce, desamparos indecibles, elevaciones maravillosas, la mezquindad y la abnegación absolutas, las urgencias de la carne y el vuelo hacia la divinidad, siempre Dios y Satán luchando en el corazón del hombre.

Ahí está el procedimiento del libro, su sencilla y eficaz técnica: contrastes sucesivos hasta en el modo de pensar de los personajes, aparte de la exposición narrativa. Un ejemplo magnífico: Michelis

va a escribirle a su novia. Han sucedido cosas definitivas: “Varias veces había recomenzado esa parte, pero las palabras que le brotaban de la pluma eran demasiado crueles. La misma frase no podía expresar al mismo tiempo la suavidad de su amor y la amargura de la separación. “Siempre” y “Jamás” eran dos palabras contrarias y, precisamente, lo que deseaba Michelis era encontrar la palabra única que contuviese esos dos terribles abismos de nuestro corazón”.

Más que la unción exótica del mundo oriental, más que la gravedad de los asuntos que se plantean o la variedad amenísima y fuertemente diseñada de sus numerosos personajes, lo que coge el alma del lector es el hondo sentimiento que invade de la dualidad de la naturaleza humana, manifestada en diversos matices a través de los hombres y de las mujeres que animan esas páginas. A veces hay pasajes que rozan lo sublime, esas escenas de mutua confesión entre camaradas, en las que nadie se justifica a sí mismo sus errores o faltas y se las reconoce como tales. Y aquellos ímpetus de grandeza interior frente al destino o a la raza, en los que se estremece no ya un alma melancólica o triunfante, sino la especie humana atravesando la historia.

Esta novela avasalladora, demasiada enfática a veces, sumamente directa en el hablar de sus figuras contiene todo lo que es el hombre, nada falta de la entidad humana, ni siquiera el humor del novelista. La conciencia de lo social se da en sus dimensiones éticas y no como mera estructura: “Porque, fíjate bien en esto, una buena acción, aun la hecha en el más recóndito desierto, repercute en todo el universo” (¡Cómo nos recuerdan a León Bloy estas palabras!).

“Sí, todo hombre —repetía Manolios con fuego— puede él solo salvar todo el mundo. A menudo he pensado en esto, padre mío, y me he echado a temblar. ¿Tendremos nosotros esa tan grande responsabilidad? ¿Qué debemos hacer antes de morir?... Entonces, Manolios le preguntó en voz baja: ¿Cómo se debe amar a Dios, padre mío? —Amando a los hombres, hijo mío. —¿Y cómo se debe amar a los hombres? —Esforzándose en guiarlos por el buen camino. —¿Y cuál es el buen camino —El que sube”.—*Alfredo Lefebvre.*